

“I como Sísifo”. Notas sobre el después del después académico

Por Rodrigo Hobert¹

El hombre empuja su roca cuesta arriba. Cegado por el esfuerzo acumulado, sólo piensa en seguir empujando. No imagina más que ese momento. Sólo observa la roca y sus manos. Su vida es puro presente. Hace tiempo que la cima no es el objetivo. Atrás quedó la astucia que lo llevó a encadenar a Tánatos y a engañar a Hades. Ya no recuerda a la dulce Mérope y su desgracia. Tampoco imagina por qué está allí, empujando una roca sobre la ladera empinada de una montaña. Sísifo piensa, pero piensa poco. No tiene tiempo para pensar. No hay energías disponibles. Sin reflexión ni contemplación, el hombre sólo empuja. Cuando habla, sólo lo hace para darse fuerzas. Se repite “la roca, sólo la roca” y empuja. Resbala y retrocede con la roca. Maldice, se incorpora y vuelve a empujar. La dinámica suprime todos los elementos ajenos. Brazos y piernas, suelo y roca. Tracción y empuje. La simplificación potencia y direcciona. Sólo un objetivo, llegar. Pero llegar es volver a empezar, aunque Sísifo no lo sabe. La condena le arrebató toda imagen del pasado, incluso la de su existencia en el infierno. Su maldición lo protege del desenlace. No hay un después de la cima mientras se empuja la roca. No hay después, sino ahora. Sólo así puede sustraerse de la locura y seguir empujando.

Figura ejemplar de la mitología helénica, Sísifo supo guiar y aprovechar la credulidad de dioses, héroes y mortales. Su ingenio evitó la muerte de miles y le permitió regresar del Tártaro con el consentimiento del propio Hades. Su capacidad para horadar los intersticios de la confianza tuvo castigo. Una pena a la altura del cinismo del estafador. Pero el traslado de la roca representa sólo una fracción de su condena. El estratega es detenido en un presente eterno sin solución de continuidad. Su mente es reducida a un instante imperecedero donde el apego a los procedimientos da sentido a su existencia. Para Sísifo la cima representa un futuro inasible. Poco le importa qué hay más allá de ella. Tal vez imagina la absolución, o teme a un sinsentido peor que el de la roca rodando cuesta abajo. La mirada divina contempla el tormento y se regodea en su ingenio. Mientras tanto el hombre se transforma en autómatas. Vuelve a comenzar. Se concentra en sus pasos, en sus brazos y en la roca. El trayecto lo convence de la trascendencia de sus esfuerzos. Sigue empujando hasta al final. Se sustrae de todo desenlace, pues sólo así puede seguir. El mito de Sísifo invita a reflexionar sobre el absurdo de los procesos continuos, cuyo único objeto pareciera estar destinado a reflejar el carácter inútil e inacabado de los esfuerzos. Un hombre condenado a la repetición, inmerso en una carrera frenética hacia la meta inalcanzable.

¿Acaso este relato nos es ajeno? La experiencia no admite dilaciones. Podrá tergiversarse el carácter inacabado de los procesos que moldean nuestra existencia; incluso oponerle evidencias sobre los beneficios de la acumulación infinita. Aún así, las lógicas desestructurantes continuarán disciplinando cuerpos, configurando trayectorias y estilizando al éxito. Deleuze y Foucault prestaron especial atención a estas dinámicas. Como resguardo, comprendemos el mensaje de los dioses; pero preferimos aferrarnos a la moraleja para así preservar nuestra exterioridad. La mirada nos torna ajenos, cercanos a lo divino, aunque los procesos inconclusos nos atraviesen. Del mismo modo que Joseph K, transitamos lo indeterminado y lo aceptamos. Las matrices de producción han sabido modelar la pasividad humana de modo que esta pudiera orientarse a la concreción de sus objetivos. La acreditación sucesiva, la formación permanente, la flexibilización, representan parte de las tecnologías empleadas para focalizar las muestras del éxito en las empresas individuales. Tal vez el logro más significativo de este modelo se halle en la fractura y la compartimentación. El individuo cree que “crea” su camino y que su avance es individual. Al aceptar la naturalización de las diferencias evita los cuestionamientos y se zambulle en la libre competencia. Pero la obstinación del burro nos interpela. ¿Qué hay después del

¹ Sociólogo (UBA), docente e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Facultad de Ciencias Económicas (UBA). Doctorando en Ciencias Sociales. Miembro del Área de Estudios Culturales del Instituto de Investigaciones “Gino Germani” (IIGG-UBA), y del Centro de Estudios en Cultura y Política (CECyP). Es coautor junto con Javier Auyero de *Acción e interpretación en la sociología cualitativa norteamericana* (UNLP-FLACSO, 2011). Correo electrónico: rhobert@sociales.uba.ar

después? ¿Y después del después del después? Los *post* indican proyección, al tiempo en que consolidan la postergación como vía a la consagración futura. Proyecciones y postergaciones asentadas en promesas jamás formuladas. Sujeto a una dinámica en tensión, el individuo corre como un hámster en la rueda sin fin. Sigue adelante más allá del desenlace porque lo único que parece tener sentido es el camino que transita.

La formación permanente (e inconclusa) constituye un fenómeno reciente en el campo académico argentino, cuya continuidad y desarrollo aún están en construcción y discusión. Tras décadas de erosión y desestructuración del sistema científico tecnológico, a partir del año 2004 desde el Estado se implementaron un conjunto de medidas tendientes a dinamizarlo y jerarquizarlo. El incremento del presupuesto para la formación científica, el aumento de los recursos para las universidades públicas y la creación de un Ministerio de Ciencia y Tecnología, representan sólo algunos ejemplos de la importancia que se depositó en el área. Dichas medidas condujeron a la ampliación de la base de los aspirantes a las carreras académicas, a la incipiente estructuración de los sistemas de promoción científica y a la creación de múltiples ofertas de posgrado. Las definiciones “sobre la marcha” de los alcances de este sistema han convertido en inescrutables sus proyecciones a futuro. El imperio de las necesidades tornó en lógica la implementación, aplazando la reformulación de los esquemas existentes, para así mejorar los diseños de promoción y desarrollo científico. Negar estas cuestiones, así como el impacto positivo que produjo la inyección de recursos, no sólo sería tendenciosamente injusto sino también errado.² No obstante, las políticas públicas no actuaron por reemplazo sino por agregación, dotando de mayores recursos a los espacios académicos, pero incluyendo la conducción y estructuración de esquemas de relaciones ya existentes. Al representar un sistema en formación, los aspirantes a las carreras académicas se encontraron y se encuentran librados a las lógicas discrecionales de sus espacios de pertenencia como modo de garantizar su existencia “para y dentro” del nuevo sistema. A su vez, estas dinámicas estilizaron y estilizan diversas modalidades de “ser” académico; favoreciendo la emergencia de procedimientos y “carreras” que son ajenos a las propias formaciones. De allí que un antropólogo o un bioquímico se vean conducidos a relegar sus avances con el sólo fin de convertirse en expertos para llenar formularios, replicar ponencias, distinguir las revistas especializadas, elegir a las que poseen jurados externos, acumular títulos y certificados, en suma, incorporar compulsivamente las lógicas de acreditación como propias.

La focalización en un presente de trámites continuos distorsiona los términos de la producción de conocimiento, orientándola hacia el aprendizaje de los procedimientos como garantía de la reproducción académica. Los vicios de un sistema preexistente (y cuyo objeto debe ser puesto en discusión) conducen a que los oficios sean reducidos a la dimensión burocrático administrativa. Es cierto que las necesidades impulsan las voluntades y transforman las vocaciones, tal vez por ello la postergación constante del vivir “para” (el conocimiento) encuentre explicación en lo inmediato del vivir “de”. Pero esta concentración procedimental sustrae a los sujetos de lo que se supone es el interés inmanente de la práctica científica. Al desfase entre el vivir “para” y el vivir “de”, se opone como respuesta la objetivación de criterios relacionados con el éxito y los méritos académicos, direccionando las acciones hacia la certificación en lugar de hacerlo hacia la producción de hallazgos que redunden en beneficio de la sociedad. Estas dinámicas logran erigir “realidades paralelas” significativas para los sujetos que se encuentran dentro de ellas. El “síndrome del becario”³ expresa parte del extrañamiento que produce la escisión del aspirante con respecto a la realidad que lo contiene.

En este contexto la formación permanente representa la opción excluyente para garantizar la continuidad laboral en el sistema. Para optar por ella es requisito poseer conocimientos

² Lejos del anatema menemista, donde la labor científica fue condenada al aseo doméstico, las políticas públicas actuales han colocado a los miembros de las comunidades académicas en posiciones sin precedentes cercanos. Un contexto beneficioso para el desarrollo y la producción de conocimiento.

³ Con múltiples menciones, pero aún indefinido, este “síndrome” pareciera estar caracterizado por períodos de angustia relacionados con las obligaciones administrativas que deben llevar adelante los becarios, con la indefinición de sus proyectos vitales, con el creciente desapego de las problemáticas que abordan en sus investigaciones y con el cuestionamiento sobre el interés que estas despierten una vez finalizadas. La condición de becario remite a una espacialidad indefinida (a la cual le son escatimadas, cuando no negadas, garantías laborales básicas). Se es becado “para” algo, y sólo la concreción de ese “algo” brinda sentido al otorgamiento de la beca. Mientras tanto los sujetos deben proyectar y ejecutar los procedimientos que consideren adecuados y necesarios para poder destruir su estado de pasaje.

acabados sobre las reglas que aseguren la acreditación. Esto implica tomas de decisiones sobre las trayectorias que planeen seguir los sujetos, las relaciones que deben establecer (con miembros de los comités evaluadores, directores de tesis, colegas, equipos de investigación, etc.), los temas que deben abordar sus proyectos; orientados hacia la disponibilidad de cargos o espacios posibles de ser ocupados. Disposiciones que requieren de profundos procesos de adaptación, convirtiendo a los aspirantes a la carrera académica en incipientes estrategias de la beligerancia burocrática. La concentración de esfuerzos en estas actividades logra postergar los intereses inmediatos, dinamizando y fortaleciendo las construcciones imaginarias sobre el “después”.

Atrapados por la lógica del empuje individual, los aspirantes a la acreditación permanente logran conjugar el éxito de las modulaciones sistémicas. Al adoptar lo inconcluso como regla extienden los abismos de la fragmentación, la cual no sólo los separa de otros individuos sino también de los fundamentos que otorgaron sentido a sus trayectorias iniciales. El triunfo de esta lógica desvanece al “Canto al Trabajo” en tanto metáfora colectiva, fijando la imagen de un Sísifo ensimismado en su desolación. Un hombre ignorante de sus lágrimas, de la sangre que brota de sus manos, de su pasado y de sus semejantes. Determinado por la soledad de su empresa, cegado por la cumbre. Los dioses decidirán si le permiten acceder a la cima. Tal vez ese día se reúnan en el Olimpo a contemplar la expresión de Sísifo; regodeándose cruelmente ante el avance de esos últimos centímetros que lo llevarán a la nada.